

# Nueva ofensiva del Imperio



*El presente estudio es producto del trabajo conjunto de los miembros del Grupo de Estudio sobre el Estado del Imperio, conformado –en Estados Unidos– por Myrna Donahoe, Gilbert González, Bernardo Useche, Daniel Whitesell y Raúl Fernández.*

*El imperio estadounidense atraviesa por múltiples dificultades geopolíticas, económicas, sociales y militares. A pesar de que el Partido Demócrata, triunfador en las elecciones parlamentarias de noviembre pasado, plantea cambios con el propósito de superar tales escollos, estos se encuentran lejos de constituir una solución duradera y reeditan en buena medida –aunque con otros nombres y eslóganes– la política del malhadado presidente George Bush. El presente artículo analiza cada una de estas facetas. **DESLINDE***

Los últimos acontecimientos políticos a nivel mundial y las tendencias globales más definidas apuntan hacia una inmediata etapa de recrudescimiento de la agresión norteamericana contra pueblos y naciones del mundo como parte de un renovado afán de mantener y afianzar su control económico, político e ideológico sobre el planeta. La cuantiosa serie de dificultades encontradas por el imperio yanqui en su denodada ambición por la hegemonía mundial ha resultado en una crisis de su curva ascendente de dominio, provocando furiosas respuestas imperialistas que han puesto al desnudo los aspectos más repugnantes de su dominación. La agudización de la barbarie gringa se da en una situación en la cual su sueño de un mundo unipolar dirigido y administrado desde Washington ha tropezado por doquier con obstáculos grandes y pequeños. Ante semejantes desafíos los magnates del gran capital y sus líderes políticos se disponen a lanzar una batalla sistemática a nivel mundial en todos los sentidos con el fin imponer una Pax Americana en el siglo XXI. La resistencia de los pueblos del mundo y la creciente oposición popular en los mismos Estados Unidos, evidencian su potencial de frustrar la empresa estadounidense, pero no debe haber dudas sobre la meta de la élite

económico-política de EEUU en cuanto a hacerse dueños y señores del mundo por las malas, más que por las buenas. En lo que sigue tratamos de sintetizar a grandes rasgos y desde ‘las entrañas del monstruo’ la gran ofensiva ideológica, política y económica de los dirigentes de Estados Unidos.

### **Un repaso al último lustro**

En los últimos cinco años hemos sido testigos de un cambio relativo en la posición de fuerza de Estados Unidos versus el resto del mundo. Hacia finales de la administración del presidente Clinton y principios del gobierno de George W. Bush, los portavoces del gobierno de Washington se vanagloriaban del poder económico, político y militar de EEUU, al tiempo que el saliente Secretario de Defensa de Clinton, Bill Cohen, y el entrante de Bush, Donald Rumsfeld, clamaban públicamente por la necesidad de mantener una fuerza militar norteamericana capaz de prevenir o arrasar a cualquier contrincante, ya fuera global o regional, que pudiera constituir un escollo para las ambiciones de la superpotencia en las décadas venideras. El poderío de Washington nunca había parecido tan avasallador como inmediatamente después

**Los últimos acontecimientos políticos a nivel mundial y las tendencias globales más definidas apuntan hacia una inmediata etapa de recrudescimiento de la agresión norteamericana contra pueblos y naciones del mundo como parte de un renovado afán de mantener y afianzar su control económico, político e ideológico sobre el planeta.**

del asalto terrorista del 11 de septiembre de 2001: una guerra tipo *blitzkrieg* fue perpetrada en Afganistán con resultados inmediatos aparentemente favorables, y durante las primeras semanas de la invasión a Irak en 2003 la facilidad de la victoria inicial contra el ejército de Saddam Hussein hizo que se comentara eufóricamente en los grandes medios de Estados Unidos, sobre la probabilidad de posteriores invasiones –y ‘victorias’– contra Siria, Irán, Cuba, etc.

Por el contrario, lo acontecido en los últimos tres años nos muestra a Estados Unidos enfrentado a dificultades en todos los ámbitos del planeta en aspectos militares, políticos y económicos. Todos sus esfuerzos por mantener la unipolaridad parecen resultar en el desarrollo de nuevas fuerzas en su contra. El empantanamiento militar en Irak hace que nuevas aventuras militares contra Siria e Irán no luzcan ahora tan fáciles como antes, lo que no quiere decir que no se lleven a cabo. En

América Latina –su patio trasero– nuevos gobiernos en Ecuador, Bolivia y Nicaragua acentúan la tendencia hemisférica a apartarse de las órdenes que emanan de Norteamérica. Asimismo, las contradicciones económicas y/o políticas con Europa y Rusia no disminuyen.

Mientras tanto, los voceros del Imperio y los ‘forjadores de opinión’ de los grandes medios de comunicación han pasado de su reciente euforia de conquista y de una propaganda triunfalista más acorde con los vótores de una hinchada futbolística, a una presentación más sobria, a veces casi depresiva, enfocada a acostumar la opinión pública a las dificultades propias de ‘administrar’ un Imperio.

Poco después de la arremetida contra el pueblo iraquí, columnistas y funcionarios del gobierno norteamericano comenzaban a referirse con satisfacción a Estados Unidos en términos de Imperio, Imperium e imperialismo (benevolente) para definir su papel en el mundo. Estos conceptos se convertían poco a poco en la ‘sabiduría establecida’ y hasta eran objeto de celebración en publicaciones periódicas y en los medios masivos de televisión y radio. Mientras que durante la Guerra Fría tales palabras eran rechazadas como propaganda marxista, ahora era bien visto que Estados Unidos fuera un país imperial de nuevo tipo, exportador de “libre comercio, derechos humanos y democracia”, concepción que demócratas y republicanos aceptaron en variados grados. Habría que “remontarse a las épocas de los imperios de Inglaterra y de España”, afirmaba un columnista, “para encontrar una nación tan poderosa y segura de sí misma como Estados Unidos”.

Pero el lustre del nuevo imperio comenzó a perder su brillo y a opacarse en la medida que la guerra en Irak continuaba año tras año, que se incrementaba la insurgencia contra la ocupación colonial,

que desaparecía la ‘coalición’, que los soldados norteamericanos muertos y heridos aumentaban –llegando las cifras a más de 3.000 muertos y cerca de 50.000 heridos a principios de 2007– y que crecía el movimiento contra la guerra dentro de Estados Unidos. Los propagandistas del Imperio han reajustado sus apreciaciones y en época reciente se han tornado más pensativos, dedicados a elucubrar sobre cómo manejarlo y a convencer a la opinión pública de que es necesario; sólo que hay que saberlo organizar. “¿Qué hubiera hecho Julio César o Gengis Khan con el problema de Irak?” se preguntaba hace poco un defensor de la hegemonía yanqui en *Los Angeles Times*. Otros más críticos de la falta de preparación imperial han dado por subrayar el pie de fuerza insuficiente del cuerpo militar estadounidense y se lamentan públicamente del reducido número de soldados en servicio activo, arguyendo que un Imperio, para serlo, no puede ser tan “frágil”.

## El papel de los medios masivos

La tarea de manipular la opinión pública para que apoye todos los pretextos provenientes del oficialismo de Washington la asumen no sólo la mayoría de los columnistas de oficio y ‘personalidades’ de la televisión y la Internet, sino los servicios dizque informativos de los grandes periódicos y cadenas radiales y televisivas del país. Así pues, la gran prensa se ha preocupado de apoyar con lujo de detalles todas y cada una de las razones expuestas por la Casa Blanca para justificar la invasión a Irak, ya fuera el supuesto peligro de las armas de destrucción masiva, o el carácter dictatorial del gobierno de Saddam Hussein, o la necesidad de “construir una democracia,” etc., pero jamás presentando un análisis de las

razones geoestratégicas ya aducidas por Jimmy Carter hace más de veinte años y reiteradas por otros estadistas del Imperio, en la forma de la Doctrina Carter sobre el Golfo Pérsico, de asegurar el control militar de las reservas petroleras de la región por parte de Estados Unidos. En los últimos meses los medios han venido acostumbrando al público a la inevitabilidad de un ataque contra Irán. Los grandes medios de comunicación, propiedad de enormes consorcios económicos y verdadera prensa oficial de Estados Unidos, cumplen así su papel de colaborar con la empresa imperial proveyendo al público estadounidense con una dosis continua de la versión gubernamental de los hechos. Contra ellos se levanta un pequeño pero enérgico grupo de medios independientes, de radio, prensa e Internet, el Partido de los Verdes, docenas de ONG y centenares de pequeñas organizaciones de obreros, importantes intelectuales como Noam Chomsky, verdaderos héroes populares como la señora Cindy Sheehan, y periodistas que proveen un antídoto al brebaje proimperio de las grandes corporaciones de la comunicación y que nutren la creciente marea popular contra la guerra. La oposición también crece contra todas las leyes antidemocráticas puestas en vigor con la *Patriot Act* después del asalto terrorista contra las Torres Gemelas en 2001, medidas que incluyen en algunos casos hasta la eliminación del derecho de *habeas corpus*, y que han sido utilizadas para mantener el campo de concentración de Guantánamo y como excusa para perseguir aún más a la masa de trabajadores indocumentados que habita en el país.

A pesar de todos los esfuerzos de manipulación ideológica, el pueblo norteamericano en su mayoría no ha sido embaucado en lo que a la guerra en Irak respecta. Por ejemplo, de acuerdo con una encuesta de CNN de mediados de

diciembre de 2006 el 67% de los norteamericanos se opone a la continuación de la guerra en Irak y el 54% desea que todas las fuerzas militares retornen a EEUU a más tardar para diciembre de 2007. Otra encuesta, de la empresa Gallup hallaba que el 62% de la gente pensaba que enviar tropas a Irak había sido un error. Estos resultados coinciden con muchas otras encuestas que en conjunto llevan a concluir que una mayor proporción del pueblo norteamericano se opone a la guerra de Irak que la que se opuso a la guerra de Vietnam. Un dato curioso es que encuestas realizadas por la Universidad de Michigan en Irak revelan un sentimiento similar y aún más inequívoco: el 90% de los iraquíes se opone a la presencia de tropas extranjeras en su territorio y el 75% considera que la presencia de tropas extranjeras en su territorio tiene el propósito de controlar los recursos petroleros del país. Desde luego los grandes medios no publicitan estos datos, preocupándose más sobre respuestas a preguntas sobre las divisiones religiosas, los abusos del gobierno de Saddam Hussein y asuntos semejantes. Tampoco prestan atención a un estudio de la Escuela de Salud Pública de la Universidad Johns Hopkins, la más antigua y tal vez más prestigiosa escuela de salud pública del país, que estima en más de 600.000 el número de muertes causadas por la invasión y ocupación de Irak.

Pero la demostración más fehaciente de la creciente oposición en Estados Unidos a la guerra de Irak se dio en las elecciones parciales de noviembre de 2006. En aquellos lugares donde hubo iniciativas en las boletas electorales (como ocurrió en algunos condados de Massachusetts, Illinois y Wisconsin) pidiendo la retirada de las tropas de Irak, dichas iniciativas ganaron fácilmente. En el condado Cook, del que es parte la ciudad de Chicago,

dicha iniciativa ganó con más del 70% de apoyo. Y en términos generales la votación popular por más de dos docenas de candidatos del Partido Demócrata que se habían pronunciado en oposición a la guerra de Irak le otorgó la victoria a dicha bandería en ambas cámaras del Congreso. Numerosas encuestas apuntaron hacia el desacuerdo con la guerra como la mayor preocupación de los votantes el pasado noviembre.

La batalla de ideas para ganar ‘los corazones y mentes’ del pueblo norteamericano se encuentra al rojo vivo. La gran prensa manipula el lenguaje para oscurecer la realidad de los crímenes cometidos en Irak. Así la encarnecida pelea del pueblo iraquí contra los colaboradores del ejército de ocupación no se caracteriza como una guerra contra el invasor sino como una violencia religiosa “sectaria”. O más recientemente los medios masivos han optado por definir con la frase “guerra civil entre facciones” a la lucha contra la ocupación de Irak. Pero no se puede tapar el Sol con las manos: llámenla como la llamen, la catastrófica situación de la ocupación norteamericana en Irak es innegable y se ha hecho imposible ocultarla. La opinión pública norteamericana se opone cada vez más a la guerra imperialista en Irak. Los medios alternativos, por su lado, se esmeran en documentar la participación de las fuerzas norteamericanas y sus creaciones –el nuevo ejército y policía de Irak y los escuadrones de la muerte– en una guerra colonial contra los insurgentes iraquíes.

### **La ofensiva política: el Informe Baker**

Después de varios meses de deliberaciones, en diciembre salió a la luz el informe del *Iraq Study Group* sobre la guerra en el país árabe, más conocido por el nombre de quien ocupara el cargo de

copresidente de esta comisión, el abogado, multimillonario tejano del petróleo, ex Secretario del Tesoro y viejo amigo de la familia Bush, quien en su condición de Secretario de Estado organizara a nivel mundial la primera guerra del Golfo en 1991, el señor James Baker. La Comisión Baker fue formada bajo los auspicios del llamado Instituto de Estudios de la Paz, un oscuro organismo creado durante la administración de Reagan, el cual se encarga de establecer diálogos entre republicanos y demócratas y entre las ramas Legislativa y Ejecutiva en torno a álgidas cuestiones en las relaciones internacionales, lejos del 'mundanal ruido' de los pasillos del Capitolio y de la Casa Blanca, donde los discursos para la galería a veces entorpecen una política exterior unitaria.

Para sopesar el significado del informe de esta comisión es menester en primer lugar examinar brevemente su composición. Además de Baker, la mesa directiva incluyó a los señores Vernon Jordan y Leon Panetta, siendo el primero el más íntimo consejero político del ex presidente Clinton; el segundo, Secretario de la Presidencia de Clinton y, ambos, dirigentes de alta investidura en el Partido Demócrata. Inclúía también al veterano espía Robert Gates, ex Jefe de la CIA, quien fue nombrado nuevo Secretario de Defensa en medio de la preparación del texto del informe. En total, la mesa directiva estaba compuesta de la crema y nata de los dirigentes políticos más representativos de los dos partidos tradicionales de Estados Unidos en los últimos años. Claro que no fueron estos individuos quienes escribieron el informe: poco puede saber sobre Irak la semisenil miembro de la Corte Suprema de Justicia, Sandra Day O'Connor. El trabajo duro lo realizaron expertos de segundo nivel. Los nombres, y más aún los cargos de éstos, también son interesantes. Entre el grupo de expertos había dirigentes de

todos los *thinktanks* más importantes de Washington, que representan el espectro político del Establecimiento en su totalidad: Rand Corporation, Brookings Institution, Center for Strategic and International Studies, Heritage Foundation, Middle East Institute, Carnegie Endowment for International Peace, Council on Foreign Relations, Hudson Institute, Nixon Center. El grupo de expertos se completó con representantes directos de la banca y la industria, verbigracia, oficiales del Citibank de Nueva York y de la corporación Bechtel, la cual junto con Halliburton es la mayor empresa de 'reconstrucción' involucrada en Irak; y un grupo de generales retirados de la fuerza aérea, el ejército y la armada. No se incluyó a ninguna persona que se hubiera pronunciado a favor de una retirada de las tropas de Irak; esa posibilidad fue vetada de entrada.

O sea, el Informe Baker representa un consenso de opinión entre la élite de poder de Washington. Y lo que la comisión perseguía era precisamente la búsqueda de un acuerdo nacional. Así pues, en la carta de presentación del texto los codirectores Baker y Hamilton afirman que hay que "mover al país hacia un consenso" sobre cómo manejar la guerra de Irak, al tiempo que advierten que Estados Unidos mantiene importantes intereses de largo plazo en el Medio Oriente y "necesitamos permanecer allí".

Aunque algunos analistas han visto el Informe Baker como una crítica al presidente Bush, en realidad es un descarado manifiesto imperialista. El informe Baker representa un hito importante en el manejo reciente de la política del imperialismo estadounidense, un intento por cambiar de tono las relaciones exteriores de Estados Unidos ante la opinión pública de la nación. En el pasado, en tiempos de guerra, los gobernantes y funcionarios de EEUU han apelado a lo afectivo, a las

**Aunque algunos analistas han visto el Informe Baker como una crítica al presidente Bush, en realidad es un descarado manifiesto imperialista.**

emociones o al idealismo para conseguir el apoyo público a una u otra aventura imperialista. Los llamados habían sido a la lucha contra “una ideología totalitaria”, la misma lucha por la “democracia”, contra una “limpieza étnica”, para ayudar en un caso de “hambruna” o en la defensa de los “derechos humanos”. En el caso particular de Irak Bush utilizó el temor, el miedo a supuestas “armas de destrucción masiva” para alinear a la gente contra Saddam Hussein; luego procuró asirse del idealismo popular con aquello de que era necesario “ayudar a Irak a construir una democracia”.

El Informe Baker rompe con este estilo, rescata la Doctrina Carter y proclama la presencia estadounidense en Irak y en toda la región del Medio Oriente “por mucho tiempo”, porque allí hay intereses económicos, específicamente el petróleo. Más que criticar a Bush, la comisión lo ayuda a solventar unos problemas de relaciones públicas. El Informe Baker provee al gobierno de Bush de cobertura, ya que se le habían agotado las excusas por la invasión de Irak, facilitándole un motivo nuevo y ‘realista’: la defensa de los intereses estratégicos en la región, que incluye –además de Irak– a Irán, Afganistán, en fin, a todo ese vasto territorio con yacimientos de petróleo y/o por donde atraviesan oleoductos actuales o futuros. Así se le ahorra a Bush el esfuerzo y la vergüenza de anunciar

una nueva razón por la ocupación de la nación iraquí.

Este aspecto del Informe Baker había sido anticipado por Bush, quien en una aparición ante periodistas hace algunos meses dijo (¿o se le escapó?) que no se podía permitir que el petróleo de Irak cayera en manos de “terroristas”. La senadora Clinton, presunta candidata a la Presidencia, por su parte también se había anticipado presentando semanas atrás ante el Senado un proyecto de ley sobre cómo debía el gobierno de Irak manejar el asunto del petróleo (léase, entregárselo a las multinacionales). El informe específicamente recomienda que Estados Unidos ‘ayude’ al gobierno títere de Bagdad a redactar una ley otorgándole ‘concesiones’ a las grandes empresas norteamericanas y británicas para explotar el petróleo aún en poder de Irak, en el más desnudo estilo imperialista de principios del siglo XX. El reporte no lo dice, pero es evidente que con el control norteamericano del petróleo Europa, China y Japón no tendrían acceso independiente al mismo, manteniendo de esa forma Estados Unidos el dominio estratégico sobre el futuro económico de sus contrincantes. La comisión trata de anteponerse a cualquier demócrata descarriado que hubiera pensado en manifestarse abiertamente en pro de una retirada de Irak. El informe funciona pues como un escudo de consenso tras el cual rápidamente se han refugiado numerosos políticos del Partido Demócrata, sirviendo así de cobertura a tirios y troyanos.

El Informe Baker también le permite al gobierno de Bush guardar las apariencias en otros sentidos. Ejemplos: los Demócratas se habían quejado duramente de que Bush, ajeno a la realidad, no reconocía la gravedad de la situación política y militar en Irak; el mencionado documento reconoce esa gravedad con lujo de detalles. Los Demócratas se lamentaban de que el Ejecutivo había ac-

tuado unilateralmente sin consultar aliados en la región y el mundo: el Informe Baker recomienda una táctica multilateral y crear un grupo de apoyo de gobiernos regionales. Los Demócratas han protestado porque el presupuesto para la guerra no ha sido debidamente consultado con el Congreso: el informe aconseja una cuidadosa consulta en el futuro con el Parlamento sobre esta materia comenzando con el presupuesto para 2008. O sea que el Informe Baker le ahorra a Bush todos esos trajines y deja colgados de la brocha a un buen número de los críticos del Partido Demócrata, quienes generalmente no se han manifestado contra la guerra en sí sino contra la forma en que ha sido administrada.

La comisión dirigida por Baker declara de frente que está de acuerdo con las políticas del Gobierno en la región y cuando afirma que fuerzas militares norteamericanas permanecerán en la zona "por mucho tiempo" simplemente parafrasea lo ya dicho por Bush en alguna ocasión de que serían futuros presidentes, y no él, quienes supervisarán una eventual retirada de Irak; recomienda una mayor y más activa participación del FBI y de la CIA en Irak, y un incremento de la ayuda económica. En la medida en que la comisión sugiere una **retirada gradual de algunas tropas de combate** (énfasis nuestro) de Irak, lo hace porque estima que harán falta en otros puntos de conflicto como Afganistán, y porque entregándoles el trabajo sucio a los colaboradores iraquíes se reducirán las bajas entre las tropas norteamericanas. Al tiempo que recomienda una disminución lenta y estratégica de las tropas de combate no necesarias para labores de protección de otros elementos militares norteamericanos o de los colaboradores locales, apoya cualquier decisión de Bush de incrementar súbitamente el número de soldados para pacificar Bagdad, cosa que ni corto ni pezo Bush anunció en enero.

En resumidas cuentas, el informe de la Comisión Baker es un llamado a la cordura imperial, un intento de unificar los partidos Demócrata y Republicano, un nuevo ardid para persuadir al pueblo de la necesidad de la una guerra permanente. El Imperio se une; las diferencias son pura retórica. El documento pone de acuerdo a Clinton y a Bush padre, a Carter y a Bush hijo. Confrontados por una seria crisis de confianza para con el Gobierno, los jefes del Imperio deben mantener la unidad a toda costa: he ahí el mensaje de la comisión.

El texto se ajusta a toda una serie de declaraciones formuladas por los líderes más destacados del Partido Demócrata, en especial aquellos con aspiraciones presidenciales, como los senadores Barack Obama y Hillary Clinton. Esta última ha venido pidiendo una expansión general de las fuerzas armadas de EEUU desde hace varios meses, cosa que Bush acaba de proponer. El senador Kerry, candidato presidencial perdedor de las últimas elecciones, lleva más de dos años pidiendo un incremento del pie de fuerza en Irak y otro tanto viene haciendo el posible candidato republicano McCain. Uno de los políticos más 'liberales' del Partido Demócrata, Charles Rangel, de Nueva York, acaba de anunciar su próxima propuesta de reinstaurar el servicio militar obligatorio en Estados Unidos. O sea que en realidad no existen diferencias entre los líderes de los partidos del Imperio en cuanto a su visión sobre el futuro de las fuerzas armadas estadounidenses.

## Debilidad en el frente económico

La agresividad política y militar del Imperio estadounidense se da en un momento en que su posición económica difiere significativamente de la que mantenía hace algunas décadas.



**En realidad no existen diferencias entre los líderes de los partidos del Imperio en cuanto a su visión sobre el futuro de las fuerzas armadas estadounidenses.**

La situación económica interna para el pueblo de Estados Unidos no es halagüeña. Mientras que los noventa –el período ‘bueno’ de la globalización– se caracterizó por casi una década continua de crecimiento económico más o menos sostenido, los últimos seis años muestran otra cara de la medalla. La concentración de la riqueza ha avanzado vertiginosamente, al igual que la desigualdad de la sociedad. La globalización no afecta solamente a los pueblos del resto del mundo sino que también cobra sus víctimas entre las clases pobres y medias de Estados Unidos. Se estima que actualmente unos 38 millones de habitantes viven por debajo del nivel de pobreza. Esto sin tomar en cuenta los varios millones de mexicanos y latinoamericanos, en su mayoría indocumentados, que viven en los poros de la sociedad a niveles aún peores. Uno de cada siete mexicanos, para dar un dato, trabaja en Estados Unidos, o sea el 5% de la fuerza laboral existente en EEUU.

Según un informe del Instituto Brookings –que no puede tildarse de radical, ya que fue uno de los autores del Informe Baker– en los últimos cinco años la pobreza ha aumentado en Estados Unidos y se ha extendido de las zonas urbanas a los otrora orgullos de las urbes norteamericanas, los suburbios. Esta década, continúa el Instituto, se ha caracterizado por recesión económica, salarios estancados para muchos trabajadores (pero no para

los ejecutivos de las grandes empresas) y pérdida de empleos. Entre 2000 y 2005 el consumo “creció en los hogares de altos ingresos, se estancó en los hogares de ingresos medios y disminuyó en los hogares de ingresos bajos”. En 2005 el ingreso real del norteamericano promedio estuvo por debajo del nivel de 2001, año de fuerte recesión. Entre las áreas urbanas con mayores incrementos en índices de pobreza se cuentan Portland, Detroit, Cleveland, El Paso, Dallas y Houston. Las áreas cuyos suburbios denotaron gran incremento de pobreza fueron Detroit, Cleveland, Cincinnati, Atlanta, Dallas, Dayton, Greensboro y Portland.

La situación de los pobres en centros urbanos en EEUU fue revelada al mundo cuando el huracán Katrina inundó a Nueva Orleans en 2005. La catástrofe desveló que un tercio de la población de Nueva Orleans se encontraba, según cifras oficiales, viviendo por debajo de la línea de pobreza, trabajando por salarios miserables y tratando de sobrevivir mientras pagaba arrendamientos elevados e impuestos onerosos. Una situación que simplemente es el reflejo de condiciones similares a lo largo y ancho de unos Estados Unidos que son básicamente dos países diferentes: el de los ricos, imagen que las grandes compañías norteamericanas de cine y televisión promueven alrededor del mundo, y el país de millones de personas que viven al borde de la miseria económica. Los pobres de Nueva Orleans son principalmente negros. Lo ocurrido después de que se dio la orden de evacuación reveló al mundo lo que puede pasarle en Estados Unidos si usted es negro, latino o simplemente pobre, independientemente de raza, origen, color, sexo, religión u orientación sexual. El informe del Instituto Brookings no incluyó a Nueva Orleans por constituir un caso especial: la ciudad casi había desaparecido.

A corto plazo la economía norteamericana se resiente seriamente en varios aspectos. Desde hace cinco años tiene una raquítica tasa de crecimiento, que en este momento es apenas del 2%. En los últimos seis meses se ve afectada por un declive pronunciado en la construcción, venta y precios del sector inmobiliario, última 'burbuja' que ha mantenido a flote la economía, conjuntamente con los gastos de guerra; en particular, la inversión en construcción ha llegado al menor nivel en quince años; por primera vez en cuatro años, durante los últimos meses de 2006, el sector de las manufacturas tuvo un crecimiento negativo y se han disparado las bancarrotas; la demanda de bienes durables también ha bajado y estas tendencias han redundado en la pérdida de empleos en los sectores de la construcción y manufactura industrial. Actualmente los analistas económicos discuten si la próxima caída de la economía será una caída 'suave' o 'dura', ya que todos están de acuerdo en que la economía se encuentra al borde de una recesión.

Los malos tiempos que afectan a la economía se han agudizado porque el efecto 'multiplicador' de la guerra de Irak, llevada a cabo bajo principios neoliberales, o sea la utilización de la guerra como negocio caliente –subcontratación de la guerra con diversas compañías privadas, desde transporte hasta uniformes y almuerzos para los soldados– se ve limitada, especialmente en lo que a labores de 'reconstrucción' se refiere, ya que en Irak resulta muy difícil reconstruir algo en medio de una guerra tan atroz y además porque un buen número de las empresas contratadas se encuentran bajo investigación con cargos criminales, dados los altos niveles alcanzados de desfalco y corrupción.

De ahí que políticos tanto Republicanos como Demócratas (como Hillary Clinton)

vienen pidiendo un aumento de los efectivos del ejército, que han disminuido de 3 millones en la época de Nixon a poco más de un millón en la actualidad. Cuando la gran empresa privada se ve en aprietos, no hay más remedio que 'nacionalizarla' y dejar que el maldecido sector público apunte a las grandes empresas y colabore en retroalimentar la economía.

El mal estado de la economía aumenta los temores de que el dólar –santo y seña de la hegemonía gringa– entre en crisis. Desde hace varios años el enorme déficit comercial de Estados Unidos y la acumulación de enormes reservas en dólares por parte de países como China, Japón y muchos otros, se ha visto como un punto flaco de la economía de Estados Unidos y, por ende, de la mundial. EEUU ha podido mantener dicho déficit gracias a que paga con su propia moneda que es aceptada como divisa universalmente. Pero dudas sobre la estabilidad de la economía norteamericana han hecho que China y Japón, así como Rusia, hayan comenzado a "diversificar su portafolio" y no simplemente reinvertir los dólares en bonos del Tesoro norteamericano, que son los que financian el gran déficit fiscal interno de EEUU. Una caída estrepitosa del dólar con respecto a otras monedas puede significar una enorme pérdida de poder adquisitivo. La supremacía del dólar se ha mantenido en gran parte debido al acuerdo implícito entre los grandes productores de petróleo de que toda transacción del oro negro se hará en dólares. Este acuerdo fue amenazado en su momento por Saddam Hussein, lo cual contó mucho para que Washington lanzara su guerra de ocupación, y ahora es desafiado a su vez por el gobierno de Teherán, lo que naturalmente aumenta la probabilidad de un ataque yanqui 'preventivo' contra la nación iraní. Pero una caída relativamente gradual y de poca magnitud del dólar favorece a Estados

**La globalización no afecta solamente a los pueblos del resto del mundo sino que también cobra sus víctimas entre las clases pobres y medias de Estados Unidos. Se estima que actualmente unos 38 millones de habitantes viven por debajo del nivel de pobreza.**

Unidos pues abarata sus mercancías, expande sus exportaciones y sirve para darle aliento a su sector industrial y a la totalidad de la economía al tiempo que perjudica a Europa, su máxima competidora económica. La política de mantener un dólar relativamente débil ha sido mantenida por Washington durante los últimos dos años en detrimento de la Unión Europea. La Casa Blanca también ha presionado a China para que aumente la tasa de cambio de su moneda con el fin de buscar una disminución en el déficit comercial entre ambos países.

Otros factores hacen que Estados Unidos no esté en condiciones de acompañar su andanada militar con una 'guerra económica' similar. Las negociaciones de la Ronda de Doha de la OMC han estado estancadas desde julio de 2006 cuando EEUU no pudo imponer sus condiciones de apertura comercial a la Unión Europea, Japón, India, Brasil y Australia. Washington tampoco ha podido sustentar su ambicionado proyecto del ALCA. Enfrentado con un monumental déficit, atorado en sus esfuerzos por penetrar el mercado europeo y el de otros grandes mercados y forzado a manejar con pañitos

de agua caliente a China –su “enemigo estratégico” según el gobierno de Bush–, la potencia yanqui ha seguido una política basada en dos tácticas: la monetaria ya mencionada, consistente en permitir que el dólar se debilite; pero la pérdida de control de esta política podría resultar en la desaparición del dólar como divisa mundial y en cambios radicales y negativos para la economía norteamericana; y la segunda, impulsar tenazmente una serie de onerosos tratados bilaterales mal llamados de ‘libre comercio’ para tratar de engullir economías de países relativamente débiles. Así pues Estados Unidos ha venido negociando tratados de libre comercio con Corea del Sur, Malasia, Tailandia y países aún más débiles o dirigidos por gobiernos lacayos, incluyéndose aquí el Cafta, los tratados con Australia, Marruecos, Jordania, Perú y Colombia. En los últimos tres años la Casa Blanca no ha escatimado esfuerzos en promover tratados de ‘libre comercio’ –léase la búsqueda desesperada por mercados para productos *made in USA*– y de condiciones favorables –léase mano de obra barata y ausencia de controles ambientales– para sus inversiones.

Estados Unidos se ha convertido, por una parte, en un país que consume más de lo que produce, que depende de otros como China para satisfacer su insaciable consumo interno (y para que China reinvierta sus dólares en EEUU y financie el déficit fiscal). Al mismo tiempo, en la industria y agricultura sufre una crisis de sobreproducción y de gran capacidad inutilizada. Así que tanto el déficit global como la sobreproducción en varios sectores, hacen que la política monetaria y los TLC sean instrumentos del esfuerzo imperial por encontrar posibles remedios a su crisis. De ahí que los negociadores norteamericanos se comporten con la misma agresividad que comandantes en guerra,

pues dichas mal llamadas negociaciones precisamente son un ataque contra la integridad económica de otros países.

Las dificultades gringas en materia económica se agravan debido a las condiciones políticas internas del Imperio, cosa que se pondrá de relieve en los próximos meses. En materia de relaciones económicas internacionales el Presidente de Estados Unidos no posee la misma libertad de acción que tiene en cuestiones de seguridad nacional. La Casa Blanca se enfrenta al problema de que la autoridad de promoción comercial del Ejecutivo (TPA) expira a finales de junio de 2007. La TPA le permite al Gobierno negociar acuerdos internacionales de comercio sin tener que someterlos al proceso de enmiendas parlamentarias, ya que los legisladores sólo se pueden pronunciar a favor o en contra de la integridad de los acuerdos. La primera autorización de promoción comercial, entonces llamada *fast-track*, se venció en 1994 y el presidente no logró su reaprobación; finalmente fue reaprobada en 2002, luego de una dura pelea entre Demócratas y Republicanos.

Ha sido bajo la actual TPA que Estados Unidos ha venido 'negociando' con Perú, Colombia, Corea, etc. Si el Congreso no extiende el TPA el fracaso de la Ronda de Doha será total, lo cual llevaría a una crisis quizá definitiva de la OMC. El grueso de los comentarios políticos en Washington sugieren que para que el TPA sea extendido se necesita de algún movimiento en la Ronda de Doha. El problema radica en que el mayor obstáculo para la Ronda de Doha es la política norteamericana de subsidios a su agricultura. La ley de subsidios a la agricultura gringa (*Farm Security and Rural Investment Act 2002*) también se vence este año y es muy dudoso de que el presidente Bush se pueda enfrentar al enorme lobby agrícola, que además constituye una de las principales bases del Partido Republicano,

y lograr reducciones en los subsidios agrícolas. En consecuencia el Estado yanqui se encuentra encerrado en una encrucijada entre adversarios económicos externos y la obligación de defender los poderosos intereses internos.

Volviendo a los TLC, la TPA también requiere que el Ejecutivo notifique con noventa días de antelación al Congreso su intención de ratificar un tratado de libre comercio. O sea que en el caso de Colombia y Perú se llegaría a un momento definitorio en marzo. A finales de 2006 dirigentes Demócratas en el nuevo Congreso le pidieron a la Casa Blanca que permitiera reabrir dichos acuerdos para incluir cláusulas de protección laboral. De negarse Bush a tal demanda es muy posible que los acuerdos con Perú y Colombia no sean ratificados. La mayoría Demócrata, que deriva parte de su fuerza electoral del apoyo de sindicatos, se muestra cada vez menos inclinada a ratificar nuevos tratados de libre comercio dada la actual situación económica de las clases medias y trabajadoras del país y la creciente tendencia de la opinión pública a creer que los TLC representan una fuga de empleos remunerados. En este momento mucho depende de los tejemanejes políticos en Washington, de la capacidad que Bush tenga de utilizar los recursos del Ejecutivo para conseguir sus objetivos, pero también de la fuerza de la oposición popular contra dichos tratados; todo parece indicar que los tratados con Colombia y Perú se enfrentan a serias dificultades.

En el supuesto y totalmente posible caso de que los tratados sean ratificados, ya por ser reabiertos e incluir dizque protecciones laborales o con el aditamento de 'cartas adjuntas' a efectos de lo mismo, debemos dar la alerta con respecto a esas tales mejoras de los acuerdos.

Los políticos del Partido Demócrata que abogan por añadir cláusulas laborales

han sido siempre dados a observar una forma más cortés, tal vez más delicada, en el arte de finiquitar acuerdos. En particular, desde que revisaron y firmaron el TLCAN con México los Demócratas se han especializado en incluir en los tratados cláusulas que aparentemente garantizan protecciones laborales a los obreros de países que suscriban dichos tratados con Estados Unidos. Conviene aclarar cuál ha sido la estrategia norteamericana al negociar este aspecto y cuál la realidad de las condiciones laborales en los países donde se han implementado TLC, para entender porqué la retórica sobre los derechos de los trabajadores no dejan de ser simples declaraciones que no se traducen en cumplir las normas más elementales del capitalismo de protección al trabajo.

Estados Unidos se ha cuidado de introducir en todos los TLC que ha firmado cláusulas relativas a los derechos laborales. Incluso en algunos casos, como en el acuerdo con Marruecos, ha destinado una suma importante de dinero para programas que incluyen velar por el cumplimiento

de los códigos del trabajo. Al mismo tiempo, Washington nunca ha olvidado introducir artículos, párrafos o cartas anexas que le permitan defender en primer plano los intereses de los patronos y las multinacionales en perjuicio de los trabajadores. Por ejemplo, en el TLC con Marruecos el dinero del Departamento del Trabajo se destina no sólo para facilitar el cumplimiento de la legislación laboral sino también para “mejorar las relaciones industriales”.

En otras palabras, si se estudia con cuidado la letra de los TLC firmados por EEUU, se encuentra como una constante la ambigüedad que permite la ilusión de que se podrán respetar los derechos de los trabajadores, mientras que se deja la puerta entreabierto para que el gran capital los atropelle y exprima al máximo la fuerza de trabajo.

En conclusión, la utilización por parte de Estados Unidos de su poderío económico para dominar al mundo bajo la égida de la globalización y las fuerzas del mercado tiene dificultades. Abocado a obstáculos externos e internos en su expansión, la potencia gringa opta por la política militarista antes descrita. La propuesta ‘realista’ de Baker, el llamado a una fuerza militar expandida, la actitud agresiva hacia Irán (apoyada por Kerry, Hillary Clinton y demás voceros del Partido Demócrata en el Congreso), Siria y Corea, su apoyo desfachatado al ataque israelí contra el Líbano y a la invasión etíope contra Somalia, el linchamiento público planificado de Saddam Hussein, son hechos que apuntan hacia una agudización de la agresión militar de Estados Unidos y su deseo de intimidar a cualquiera que se le oponga. El Imperio sabe que cada día es más odiado y el deseo de apuntalar su andamiaje económico y obtener el control de todo el mundo indica que no le importa ese odio, mejor dicho, que prefiere ser temido. **D**

***En los últimos tres años  
la Casa Blanca no ha  
escatimado esfuerzos  
en promover tratados de  
‘libre comercio’ –léase la  
búsqueda desesperada  
por mercados para  
productos made in USA– y  
de condiciones favorables  
–léase mano de obra  
barata y ausencia de  
controles ambientales–  
para sus inversiones.***

## La guerra moderna como fuente de lucro

Robert Greenwald, 2006

Desde la llegada de Bush a la Casa Blanca el presupuesto del Pentágono ha crecido 50%: de unos US \$300 mil millones en 2001 a unos US \$455 mil millones en 2007. Estas cifras no incluyen el presupuesto del Departamento de Homeland Security, calculado en unos US \$33 mil millones para 2007, ni tampoco el costo de las guerras de Irak y Afganistán, que ya va sumando unos US \$400 mil millones.

Los principales ganadores son las grandes empresas armamentistas como Lockheed Martin, Boeing, Raytheon, Northrop Grumman y General Dynamics, que reciben jugosos contratos del Pentágono valorados en miles de millones de dólares. Son corporaciones parasitarias cuya existencia depende de un gobierno federal que las beneficia, mientras sirve de embudo tributario para trasladar los impuestos del pueblo a las arcas privadas bajo el rubro de "defensa" o "seguridad nacional", violando en el proceso casi todos los sagrados principios del "libre mercado". Según cálculos, Lockheed Martin (especializada en el desarrollo y producción de misiles, aviones de guerra, satélites y otras tecnologías y manufacturas bélicas) recibe del tesoro federal un promedio diario de US \$65 millones. Pero además de los grandes ganadores, hay miles de otras empresas que también se benefician. Actualmente se estima en más de 100.000 el número de contratistas operando en Irak. Esta cifra representa un aumento de diez veces el número de contratistas empleados en la Guerra del Golfo (1991) y refleja el alto grado de privatización que ha caracterizado al Departamento de Defensa en los últimos años. Las empresas varían en tamaño y los valores de contratos concedidos oscilan entre miles y miles de millones de dólares.

Tanto los grandes como pequeños intereses en materia de guerra tienen sus cabildantes en Washington y algunos han llegado a participar sin intermediarios en gestar y planificar una política extranjera que les facilita aumentar sus utilidades al máximo. La doctrina que favorece la instigación de "guerras preventivas" juega un papel fundamental en la consecución de esta finalidad. Desde la invasión a Irak en marzo del 2003 las acciones de empresas asociadas con la guerra han aumentado hasta casi al triple de su valor y durante el último año se han cotizado al mayor valor de su historia las acciones de Lockheed Martin, Northrop Grumman y General Dynamics. El caso de Halliburton (y sus compañías subsidiarias como Kellogg, Brown & Root-KBR) es quizás el más notorio. A pesar de sus altos índices de corrupción, Halliburton ha podido cuadruplicar el valor de sus acciones desde que comenzó la guerra contra Irak, y para el tercer trimestre del 2006 registró un aumento del 19% con ingresos globales de US \$5,8 mil millones. La doctrina de la "guerra preventiva" tiene su propia lógica: por un lado crea la fuerte demanda de misiles y otros armamentos para que Lockheed Martin se enriquezca con la destrucción de un país, por el otro Halliburton se posiciona para poder entrar rápidamente en el país destruido y llevarse el botín de la "reconstrucción".

En conclusión, cuando las consideraciones tratadas aquí se suman a las geoestratégicas, queda claro por qué el gobierno de Estados Unidos se niega a retirar sus tropas de Irak: el retiro de los 140.000 soldados significaría la pérdida de miles de millones de dólares para las empresas que tendrían que sacar sus más de 100.000 contratistas.